

Juan José TAMAYO y Luis ALVARENGA (eds.), *Ignacio Ellacuría. Utopía y Teoría Crítica*, Valencia: Tirant Humanidades, 2014, 195 págs.

El pensamiento filosófico de Ignacio Ellacuría, prematuramente truncado, ofrece una base para entender la realidad histórica sin reduccionismos, de un modo amplio y superador de idealismos y, al mismo tiempo, más allá de materialismos de índole teleológica y esencialista. Ellacuría se reconoce, en esto, fiel heredero de su maestro Zubiri, de quien extrae el sustrato teórico necesario para emprender una concepción de la realidad humana como realidad histórica que incluye y trasciende, mundanamente, lo biológico y lo social. La realidad histórica es el mundo humano que el hombre re-crea, en el que se hace a sí mismo, conservando o trascendiendo la figura del presente. Se da un dinamismo en el hombre, una tensión, que produce distintos esbozos de sí mismo y de las circunstancias.

En especial, los autores de la inspiradora obra cuya reseña estamos componiendo destacan un elemento muy cercano a la primitiva Teoría Crítica de la primera Escuela de Fráncfort en el pensador vasco salvadoreño. Esta se opone a la Teoría tradicional, que no incluye en su interpretación del Derecho, por ejemplo, los factores que lo sujetan a las características de un tiempo y mundo concreto del que proceden. Es lo que subrayan Juan Antonio Senent y Alejandro Rosillo. Por eso, el investigador e intelectual, indica José Manuel Romero, se sitúa en y desde su propio tiempo histórico, visibilizándolo en sus productos. Es mostrando así los componentes circunstanciales de toda teoría tradicional supuestamente “neutra” y aséptica que intente analizar, describir o explicar la realidad, como opera el método ellacuriano de la historización. Es decir, reconociendo los vínculos “materiales” o mundanos de toda creación humana, incluidas las teorías.

Tanto Ellacuría como la Teoría Crítica francfortiana, según se indica en algunos trabajos del libro que nos ocupa, realizan una hermenéutica crítica que, a diferencia de la hermenéutica de tipo gadameriano, no puede ser acusada de relativismo. Hay una posibilidad de hallar cimientos en el mundo histórico para plantear y encarnar, al principio de modo soterrado y necesitado de su activación, la utopía transformadora del mismo. Son los asideros que la propia realidad “ofrece” para su marcha en parte opcional, en parte singular y al mismo tiempo social, o en parte de cierta fatalidad. La teoría crítica ellacuriana va dirigiendo una mirada que encuentra elementos reales en la historia, desde los cuales juzga con consistencia la tendencia que está desarrollando, y que puede ser corregida desde esos “absolutos” inmanentes que definen con certeza lo bueno para todos los hombres. La mencio-

nada historización se hace muy presente en la comprensión y puesta en marcha veraz de los Derechos Humanos. Lo real no se confunde con lo dado o con lo que se presenta a una mirada no crítica. Al menos, no es sólo eso, y en cualquier caso, puede cambiar respetando ciertos límites también, a su vez, dinámicos.

Héctor Samour subraya la consistencia del mal en la historia, que es más que un mero mal estructural, pues está activa y verdaderamente presente en la marcha de la misma como una negatividad real, que debe indicarse y contraponerse en respuesta a lo que hay. Es la toma de conciencia de la existencia de este mal, encarnado en la pobreza, la que puede dinamizar la historia. Desembocamos así en una “civilización de la pobreza” que supere los valores del capitalismo y subvierta el mundo “al revés” en el que estamos; un mundo hecho por el hombre, pero contra el hombre, o sea, contra los hombres. La dialéctica como método e interpretación ofrece, en esto, una pista, pero debe entenderse al modo adorniano como dialéctica negativa, que no culmina en la afirmación absoluta de ninguna realidad histórica. La actuación profética de Ellacuría, que comparte con Monseñor Romero y Roque Dalton, hace valer en la historia esta posibilidad de trascender lo dado mediante la ostensión de los males existentes y el empeño de realizar ya, de hecho, en el presente, la configuración de un mejor universo para el hombre a partir de las posibilidades de realización existentes en un tiempo dado. Esto es estudiado y presentado por Carlos Molina y Luis Alvarenga.

En la introducción, los coordinadores del libro, Tamayo y Alvarenga, resaltan la vigencia, relevancia y “utilidad” de un pensamiento crítico y bien fundado, como es el de Ignacio Ellacuría. Su visión “fluidifica” lo presente a partir de lo que puede ser, de lo que en el estar siendo puede anticiparse de un mundo mejor. Lo consistente del ahora es, contra lo que muchas veces parece, algo de una “naturaleza” intrínsecamente dinámica, lo que debe provocar en el pensamiento una cierta relativización (historización) de lo dado que, sin embargo, no implica un escepticismo inerme y desalmado. Es lo que conecta este pensamiento con las concepciones dinámicas de la historia que hacen encarnarse lo mejor desde la propia historia, es decir, las perspectivas de Bloch y Benjamin. La no sustancialización de lo dado presente (ni del futuro), sus fisuras y la posibilidad de ir a más desde sí, sin concepciones al idealismo filosófico, a partir de una inmensa fe y valoración del mundo, hacen de Ellacuría un autor especialmente sugerente.

En síntesis, el libro resulta esclarecedor y representa una buena introducción a las ideas de Ellacuría y, al mismo tiempo, una actualización y un realce de sus con-

secuencias para hoy. Se matiza y desarrolla el pensamiento del filósofo vasco salvadoreño a lo largo de los distintos trabajos incluidos en el mismo. Presenta la obra amplios aspectos de estas destacando su carácter próximo a las corrientes más críticas del pensamiento reciente, las que parten del materialismo filosófico (en el cual una figura es el marxismo, pero sin ser la única ni la clave última), un materialismo que en Ellacuría es zubiriano. Un materialismo para una teología, nos permitimos añadir, además de para una filosofía, sin teleologías o trascendentes extramundanos que fuerzan la realidad y la encorsetan; una teología que no niega lo humano ni la Creación y que humaniza cristiana y consecuentemente su discurso y fines; una lúcida presentación de la historicidad del hombre que es y se hace en el tiempo concreto de una realidad histórica. La de Ellacuría es la razón que, más allá de la vieja Ilustración a la que rectifica y amplía, no oculta los sesgos de las cosmovisiones y se ubica en la concreta situación límite de los oprimidos, enraizada por tanto en el (terrible) presente por el que hemos “optado” tanto individual como socialmente desde la ceguera interesada de las ideologizaciones.

La historia o, en las palabras del pensador, la realidad histórica, es un precipitado del propio hombre, en su esencial dinamismo, en su estar continuamente, sociedades e individuos, haciéndose (*realizándose*). Supone Ellacuría, pues, una rica perspectiva válida para entender lo humano sin vagos humanismos, es decir, que estamos ante un humanismo consecuente que soslaya las complicidades de ciertos humanismos tradicionales. Como afirman los autores del libro, no se reclama una utopía indefinida e inconcreta, sino una utopía vinculada a lo presente, hincada en y parida por la realidad histórica, y que por tanto dinamice de un modo efectivo el mundo para transformarlo. Un hacerse cargo del propio tiempo, sufrirlo, entenderlo y, desde el mal vivenciado y encarnado optar por el mundo nuevo posible, aquí y ahora.

Marcos Santos Gómez

masantos@ugr.es